

CAPITULO VI

ASIÉNTASE EN EL VULGO DE LOS JUDÍOS, QUE LOS DISCÍPULOS DE JESÚS ROBARON SU CUERPO DEL SEPULCRO

A petición de los Pontífices había mandado el Presidente, que Longinos con su escuadra de soldados fuese al Monumento donde habían colocado el cuerpo de Jesús, y le guardase con desvelo y atención de que no fuesen al Sepulcro los discípulos, y amparados con las tinieblas de la noche le robasen y esparciesen luego en la plebe que había resucitado y vivía vida inmortal y gloriosa; accidente que miraba como más infausto que cuanto había acontecido en la predicación y milagros de Jesús, pues todo quedaba sellado para firmeza eterna con la gloria de su Resurrección, si se creyese.

Acuarteláronse los soldados cerca del Monumento repartiendo centinelas y vigiliando entre sí, considerando que en la fiel custodia de aquel cuerpo les iba la cabeza. Pasaron con quietud hasta que comenzó á despuntar el alba del domingo; porque entonces con el espantoso estruendo que causó el Ángel, conmoviendo la tierra con temblores al tiempo que triunfante resucitó Jesús, y mucho más con la vista del mismo Ángel que sentado serenamente en la losa libraba contra ellos espantos y temores, quedaron todos fuera de sí con el asombro tendidos como difuntos por los suelos. Pero cobrándose á breve espacio con permisiones del Ángel que los quería testigos oculares y despiertos de lo que había de obrar y decir en testimonio de la Resurrección de Jesús, se escondieron temblando detrás de las cercas del jardín para notar lo que aconteciese, y dar razón de su custodia á los Pontífices y al Presidente que les había encargado negocio de tanta consideración.

Vieron pues y notaron desde aquel retiro lo que dijo el Ángel, así á la Magdalena como á las otras dos Marías, que Jesús no estaba en el Monumento porque había ya resucitado, que entrasen y lo viesan por sus ojos; que Pedro y Juan habían después venido y no hallaron á Jesús en el Sepulcro, y finalmente que la Magdalena le había visto y besado los pies en forma de hortelano, si bien como estaban tan ocultos no los pudieron ver la Magdalena y sus compañeras, ni tampoco los Apóstoles; y así no les fué difícil registrar sin embarazo ni miedo el Sepulcro y conversar las matronas con los Angeles.

Pero cuando las mujeres todas se volvieron á Jerusalem y desaparecieron los Angeles, cobrando enteramente su acuerdo los soldados, fueron al Monumento y hallándole desembarazado confirmaron por verdad lo que habían visto y oído á las matro-

nas y á los Angeles, y entrando en consejo acerca de lo que convenia hacer, determinaron que una parte de ellos fuese luego á dar razón á los Pontífices de lo que había pasado delante de sus ojos; para que entendiesen que faltar el cuerpo de Jesús del Monumento no se les podia impulsar á descuido ó defecto de valor, porque ellos profesaban pelear con hombres mortales en servicio de los Césares, pero no con espíritus de otro mundo, y que algunos de la escuadra se quedasen haciendo cuerpo de guardia al Monumento por lo que podia acontecer.

Con este acuerdo vino á la ciudad el Centurion con los oficiales y soldados de mayor autoridad, y contaron llanamente á los Príncipes de los Sacerdotes lo que habían visto por sus ojos, cerrando la relación con que no podia dudarse de que había resucitado Jesús de entre los muertos. Atónitos de espanto quedaron los Pontífices y Fariseos oyendo la deposición de tantos testigos oculares, que siendo Gentiles y sin afecto ó devoción á la persona ó doctrina de Jesús, harían grande fé en el crédito de cuantos los oyesen sin la pasión que los tenía ciegos.

Con este recelo que tan vivamente les atormentaba, entraron en consejo con los ancianos del pueblo acerca de lo que convenia hacer para atajar la ruina que les amenazaba de cuanto habían fabricado contra Jesús aquellos dias, y salió de acuerdo corromper con dinero á los soldados y obligarles con las artes del interés á decir que estando ellos durmiendo habían venido los discípulos de Jesús y robado su cuerpo del Sepulcro. Trataron esto con el Centurion y sus soldados los Pontífices y Fariseos con ardiente diligencia, añadiendo á las promesas de dinero, sumisiones y súplicas y cuantas estratagemas y sabidurías hay de rendir las voluntades.

Firme estuvo el Centurion en no venir en partido tan infame, los soldados á vista del dinero blandearon y comenzaban ya á dar colores y afeites á la mentira que habían de contestar; porque se les hacia duro decir que mientras dormían vinieron los discípulos de Jesús y le sacaron del Monumento; pues es llano que hombres dormidos no pueden atender á lo que otros hacen y menos certificarlo con juramento en tribunal de Juez. Pero ya cerraban los ojos á ese deslumbramiento ellos, y solo reparaban en el cargo que de su descuido y torpeza les haría el Presidente llegando el caso á su noticia, como parecía inescusable y el castigo que les daría por él.

A todo salieron los Pontífices, asegurándoles que si Pilato se enojase ó los quisiese castigar, ellos le sosegarían con persuadirle que no podia ser de importancia que los discípulos de Jesús hubiesen llevado su cuerpo, siendo gente tan desvalida y de tan flaco poder. Con estas cabilaciones y seguridades que les ofrecieron, se resolvieron los soldados á recibir el dinero, y sembraron en la plebe que mientras ellos se rindieron algún tanto al sueño, los discípulos de Jesús habían sacado del Monumento su cuerpo; y como esto se decía á un pueblo tan fieramente empeñado en los descréditos de Jesús, nadie hizo reparo en la contradicción que tenía la fábula; pues afirmaban lo que no

pidieron ver mientras dormían, antes con facilidad abrazaron la relación de los soldados que llanamente contestaban haber estado en la ocasión dormidos.

Y aunque la deposición de testigos soñolientos nunca pudo hacer fé, especialmente conteniendo la de los soldados imposibilidades manifiestas, teniendo el Monumento cerrada la puerta con un peñasco grande, y andando los discípulos de Jesús con terror y espanto fugitivos; sin embargo se asentó la ficción entre los Judíos; y persevera hasta hoy escrita en láminas de bronce en sus espíritus con la punta de acero del ódio implacable que le tienen, y con apariencia tan desvanecida en sí misma, sustentan la imposible mentira tantos años con el vigor y aliento que solían las verdades que en las tablas de mármol escribió Dios de su mano. Gran mérito es sin duda el de la fé y de valor inestimable en los ojos de Dios, pues pudiendo haber quedado el artículo de la Resurrección de Jesús sin controversia con sola la verdadera deposición de los soldados, ordenó que estos rendidos al interés alterasen el suceso, y que su testificación cobrase fuerzas para que este misterio, que es la clave y coronación de los demás, quedase amparado de solamente los presidios de la fé.

CAPITULO VII

JESÚS RESUCITADO SE APARECE Á PEDRO

MAGDALENA y las matronas que la seguían llegaron al Cenáculo, donde estaban juntos los Apóstoles, y con grande gozo les contaron en la forma que habían visto resucitado á su Maestro, en especial la Magdalena como la más privilegiada en este linaje de favores, le persuadía con eficacia la certidumbre de la Resurrección de Jesús, refiriéndoles lo que con él le había sucedido á la puerta del Monumento, y la embajada que les traía de su parte, que en Galilea le verían todos á su gusto. Pero nada fué suficiente para que con firmeza creyesen que verdaderamente había resucitado su Maestro: tan enagenados los tenía el suceso de la Pasión y Muerte de Jesús.

Fué para sus espíritus terrible y espantoso golpe ver aprisionar en Gósetmaní y tratar con tanta ignominia y vilipendio al que tenían por Dios. Acrecentóse á este, otro no menos fiero, cuando supieron que como á esclavo vil le habían azotado en el pretorio sin recato alguno á los ojos de innumerable muchedumbre, y fijándole despues entre dos ladrones como facineroso en una Cruz. Y aunque estas afrentas de Cristo, no miradas á la luz de la amorosa Providencia con que el Padre las disponía y el Hijo las aceptaba para libertar al hombre del imperio de la

muerte y del Demonio, eran infalibles ejecutorias de su Divinidad; no habiendo amanecido con claridad entera este conocimiento á los Apóstoles, solo sentían el peso incomportable de la ignominia del Maestro y del riesgo mortal de sus discípulos; pues siéndolo de un hombre tan sin honra, ¿adónde podían ir que no temiesen los oprobios y las cruces?

Oprimidos, pues, con estas tan melancólicas imaginaciones, no se alentaban á concebir cosa alta de Jesús; y con los desmayos que padecía su Fé, escasamente la tenían de su divinidad, y oscurecido en gran parte su discurso, naufragaban en peligrosa calma de suspensiones y perplejidades. Ocupado con estos sordos ecos el entendimiento, cuando las devotas mujeres les hacían relaciones y argumentos de la Resurrección de su Maestro, les sonaban á aprensiones femeniles, labradas en las oficinas del deseo y del amor, no en las de la pureza y la verdad; y aunque no culpaban su celo, no se allanaban á rendirle á la instrucción y magisterio de mujeres; considerándose Apóstoles, principalmente en materias de tanta arduidad.

Reconoció la peligrosa borrasca que padecían sus discípulos, Jesús; y comprendió que no tenía más origen que amarle mucho, conforme lo que les dictaba su discurso, cubierto del polvo de la humanidad. Quisieran haberle visto en los más sublimes honores, y como ellos terrenos todavía no alcanzaban otro linaje de Majestad, sino la que estila el mundo, sentían en lo más delicado del corazón haberle visto sin ella, antes en los desprecios y contumelias más infames. Atendiendo pues, Jesús, no tanto á la dureza de sus Apóstoles en no creer su Resurrección, como á la raíz de donde les nacía la tardanza en esa Fé, que era el amor y celo, aunque no sabio de la veneración de su persona; no se enojó con ellos, antes acordó instruirlos y halagarlos, para que con suavidad entrasen en conocimiento de la verdadera honra, que es obedecer á Dios.

Era entre los Apóstoles Pedro el superior, así en la preeminencia del lugar, como en amarle; y sintiendo más vivamente que todos las pasadas afrentas de Jesús, oyendo á las Matronas que habían venido del Sepulcro, que estaba vivo y Glorioso su Maestro, fluctuando en tempestuoso mar de confusiones, entre los gozos del oír y las dudas del creer, se retiró dentro de sí mismo, por si pudiese sosegar las vehementes inquietudes de su ánimo, ya con la confianza de las promesas, que acerca de esto había oído varias veces á Jesús, ya con el crédito que merecían deposiciones de mujeres tan santas; y que habiendo sido todas despiertas y contestes al verle resucitado, no podían ser ilusiones las que referían con tanta certidumbre.

Estando Pedro así recogido, batallando con las olas de plágo tan turbio, se le apareció Jesús, y con blando resplandor de su semblante le serenó la tempestad de pensamientos, y le dijo: «¿Pedro, conócesme? Ya no podrás dudar de que vivo vida inmortal y gloriosa, pues me ves resucitado y en carne, aunque verdadera, impassible. Con la Magdalena y otras piadosas matronas que con mayor prontitud han creído mi Resurrección, te

remítí noticias de ella. Si hasta ahora no has querido dar crédito a relaciones ajenas, hoy vengo á que le des á tus ojos. Mirame despacio; y pues has de ser Príncipe de mi Iglesia y de mi Fé, ensáyate desde luego á concebir posibles, Misterios Soberanos, y que exceden tu capacidad, que si los que vine á obrar en el mundo, igualasen la corta imaginacion de los hombres, poco les importara mi venida; pues no hubieran creído en el conocimiento y penetracion de las verdades celestiales, superiores á la luz natural.

Una de ellas es mi Resurreccion de entre los muertos; y en ella consiste la suma de toda mi predicacion y mi Evangelio: porque contiene el fin á que aspira la naturaleza de los hombres, que es la inmortal gloria de sus almas y sus cuerpos, y si no resucitara yo vivo del Sepulcro, no lograrán la felicidad á que naturalmente suspiran. Seria pues, vana la exaltacion á la Cruz, sino la hubiese de seguir la Corona de la Resurreccion á Eternidad de Gloria. Y tú, cuando con los alientes de mi Espíritu Divino, salgas de estas sombras á predicar mi Fé en los teatros de ese mundo, por este Misterio comenzarás, y este será el asunto principal de los Sermones; porque á vista de los premios de la Gloria, las cruces más pesadas son ligeras de llevar.»

Desapareció Jesús y quedó Pedro, si bien consolado con la milagrosa vista de su Cuerpo, bañado de inmortales resplandores; no de todo punto despedida la noche de su incredulidad. Tan hondas raices habian echado en su imaginacion las afrentas y Cruz de su Maestro, y las sombras de la imposibilidad, que se le entraron al discurso acerca de su Resurreccion: tanto peligro tiene entregar el discurso á una vehemente pasion ó sentimiento: levántase este con el señorío de las potencias, que entonces obran como esclavas del dolor, aun á vista de lo que la razon ó fé, á luz más acertada, les imperan.

CAPÍTULO VIII

APARECE JESÚS RESUCITADO Á LOS DISCÍPULOS QUE IBAN A EMAUS



El mismo día que resucitó Jesús, se apareció aunque en forma extranjera, á dos de sus discípulos, que iba de Jerusalem á un castillo, llamado Emaus, distante de la ciudad sesenta estadios, que hacen poco más de tres leguas castellanas. Iban ellos conversando entre sí por el camino de la prision y muerte de Jesús. Ponderaban las circunstancias de su rigor y crueldad, y maravillándose de que no hubiese resucitado, como lo habia prometido, siendo ya el día tercero de su muerte, plazo y término que él mismo habia señalado para su Resurreccion.

Mientras Natanael y Cleofás (así se llamaban los discípulos) con estas pláticas divertian el cansancio del viaje, se les acercó Jesús, disfrazado en traje de caminante y se ofreció por compañero, con tan suaves artes, que gustaron de ello los discípulos, sin embargo de que la conversacion que habian comenzado no era para oídos extraños, por contener afrentas de su Maestro y dudas del cumplimiento de su palabra en su Resurreccion, y con llevarle tan cerca y oírle razonar no le conocieron; porque con su virtud omnipotente obró que le viesen y escuchasen de suerte que no pudiesen entender quién era.

Díjoles pues, Jesús: «¿Qué materias son las que vais conversando entre vosotros con melancolía tan profunda? Si os lo ha merecido mi confianza, decidme lo que os apasiona el corazón.» Respondióle Cleofás: «¿Tú solo eres peregrino en Jerusalem que aun no has llegado á saber lo que estos días ha acontecido en la Ciudad?» Replicóles Jesús: «¿Qué es lo que ha sucedido, que deseo escucharlo de vosotros?» Prosiguieron los discípulos: «La causa criminal que se procesó contra Jesús Nazareno, que sin duda es Varon Santo y Profeta, Poderoso en obras y palabras, con aprobacion de Dios y públicos aplausos de los pueblos: á este, pues, entregaron los Príncipes de nuestra Nacion, y los Sumos Sacerdotes al Presidente de Jerusalem Poncio Pilato, para que le condenase á muerte, y por decreto suyo le crucificaron.»

»Y llanamente esperábamos nosotros sus discípulos, que habia de redimir el pueblo de Israel, porque le venerábamos como á legítimo y verdadero Mesias prometido á nuestros Patriarcas: mas esta esperanza parece que se ha desvanecido; porque hoy es el tercero día de su muerte, en que habia dicho á sus Discípulos resucitaria y no vemos certidumbre de que esté con vida. Porque lo más que ha sucedido es que unas mujeres de las de nuestro Gremio y devocion nos sobresaltaron esta madrugada diciendo que habian ido antes de amanecer al Monumento, y que en él no habian hallado el cuerpo de Jesús, sino que en el Sepulcro habian visto Angeles, que una y otra vez les afirmaron que habia resucitado ya y estaba vivo gozando vida inmortal, llena de recreos y de Gloria. Y habiéndose movido por la relacion de las mujeres algunos discípulos á ir en persona al Monumento, le hallaron sin el cuerpo de Jesús, como ellas lo habian referido: lo cual antes nos acrecienta el temor de que no ha resucitado; pues sin duda se permitiera ver de sus discípulos, á quienes tanto mostró querer, mientras vivia. Y esto nos tiene con la tristeza que ves.»

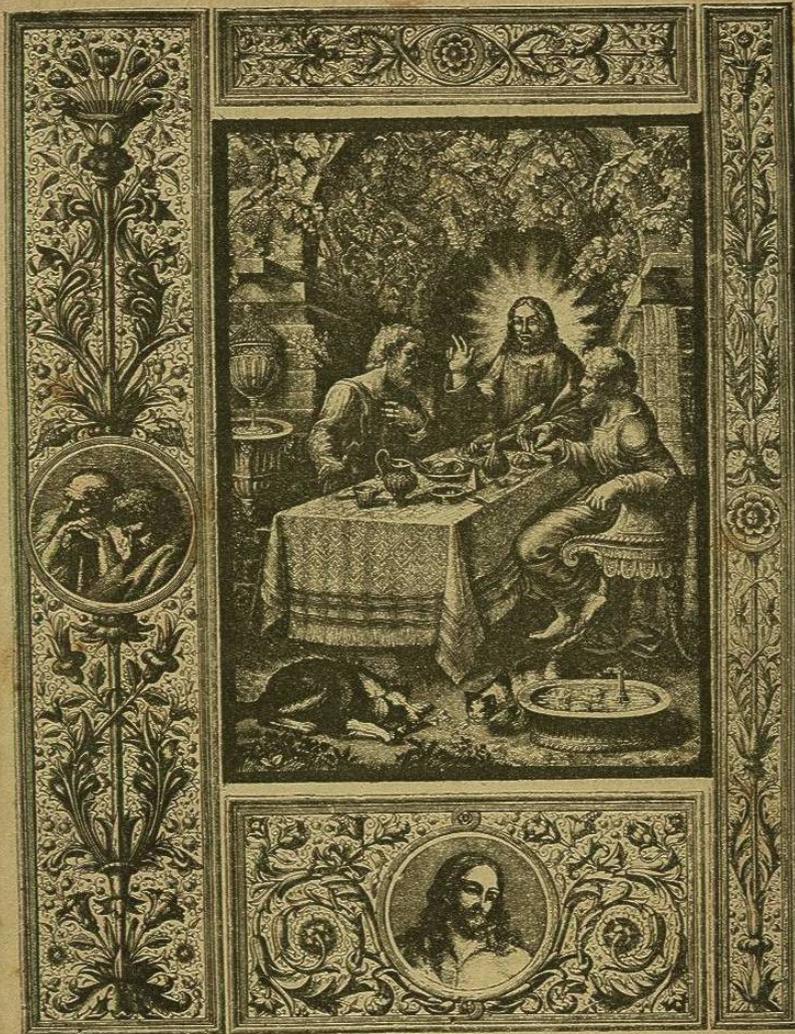
Pero díjoles entonces con severo rostro Jesús: «¡Oh necios y tardos de corazón en dar crédito á lo que uniformes pronunciaron los Profetas todos! Decidme, si acaso habeis alcanzado la inteligencia de las Escrituras, ¿hay en todas ellas cosa más repetida que las importancias de que el verdadero Mesias padeciese esas contumelias y tormentos y por camino tan de Cruz entrase á poseer su misma Gloria, allanando con su ejemplo á los hombres la senda de la felicidad que de tan ásperas y penetrantes

espinas les sembró su primer Padre? ¿Cómo pues, os sirve de argumento para dudar que ese Jesús sea el Mesías prometido, lo que debiérais tener por evidencia de que lo es? Porque habiendo sido Justo y Santo y varon de omnipotente virtud, como confesais, si padeció muerte tan cruda no pudo ser por delitos propios, sino por paga, rescate y satisfaccion de los ajenos, y ese es el principal oficio del Rey Mesías.»

Y comenzando desde Moisés y discurriendo por todos los Profetas les interpretó las Escrituras que hablaban de su persona, señalándoles en cada testo de ellas esculpida su imágen en los sucesos de los antiguos Patriarcas, con tanta propiedad, que todo el Viejo Testamento les pareció un teatro de representaciones admirables que figuraban y manifestaban á Jesús, y que la república de los Hebreos aun en las verdaderas historias de sus padres, Legisladores y Jueces, era un pueblo profético que por tantos siglos le habia estado vaticinando dos veces con las obras, como despues Isaías y Oseas con palabras. Encendidas estas luces comenzaron los discípulos á ver en las Escrituras otra nueva region y nuevos climas, y conocieron en sus propias facciones y miembros al Mesías que prometió Dios á los Hebreos.

Entretenidos en esta provechosa conversacion llegaron á Emaus, y entonces Cristo hizo demostracion de que pasaba adelante, mas los discípulos le obligaron, aunque no le conocian, á que entrase con ellos al castillo diciéndole: « Señor, quedaos con nosotros esta noche que ya no es hora de caminar, pues como veis es ya tarde, inclinado el dia, y no parece hay fuera de este castillo comodidad de pasar la noche en otra parte.» Hicieronle alguna fuerza y entró en su compañía. Llegóse la hora de cenar que apresuraron los discípulos por el cansancio y hambre que traian, y habiéndose sentado todos á la mesa tomó Jesús el pan en sus manos, bendíjole dividiéndole en partes y dióles la suya á cada uno, á la manera que lo hizo en la última Cena, cuando instituyó el Divino Sacramento, y entonces se les abrieron á los discípulos los ojos y pudieron conocerle, pero al punto se desapareció de su vista.

Quedaron Natanael y Cleofás regaladamente admirados de lo que les habia acontecido con Jesús, y el uno al otro se decian: « No es así que cuando en el camino nos conversaba el Maestro y nos daba á entender las Escrituras, sentíamos encendido en divina llama el corazon? » Levantándose pues, de la mesa no cabiéndoles en el pecho tanto gozo, á la misma hora se volvieron acelerados á Jerusalem á participar tan alegres noticias á los Apóstoles y demás discípulos, los cuales congregados en el Cenáculo los recibieron con devotas alegrías, diciéndoles que no tuviesen duda de que Jesús habia resucitado, porque aquel mismo dia se habia aparecido glorioso á Pedro. Y los de Emaus en confirmacion de lo que ellos les contaban, les refirieron lo que les habia pasado con el mismo Jesús en el camino y cómo le conocieron en la fraccion del pan.



JESÚS DÁNDOSE Á CONOCER Á SUS DISCÍPULOS EN EMAUS

CAPÍTULO IX

JESÚS SE APARECE Á SUS APÓSTOLES Y LOS CONSTITUYE
OBISPOS Y CONFESORES.

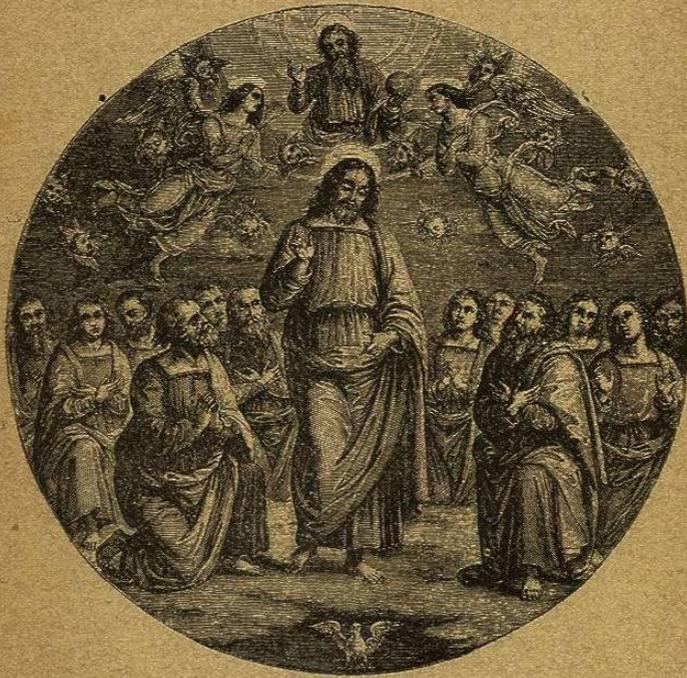
Doco después que Natanael y Cleofas entraron en el Cenáculo y refirieron á los once Apóstoles lo que les había acontecido en el viaje de Emaus, salió Tomás del conclave con precisa ocupacion; ordenándolo así la Soberana Providencia, y siendo tarde ya y estando los diez solos habiendo dado algun desahogo á sus tristezas, originadas de la incertidumbre de la Resurreccion de su Maestro, á punto de cenar, seguramente cerradas las puertas de aquel recojimiento por temor de los Judíos; de repente sin tocar á ellas entró Jesús en él, usando del dote de la subtilidad que su cuerpo gozaba ya, y penetrándose con las maderas de las puertas como pudiera un Angel ú otro espíritu.

Conversaban á la sazón los Apóstoles de los milagrosos sucesos de aquel día, de las apariciones que Jesús había hecho á la Magdalena y á las demas matronas santas, á Pedro y á los discípulos que iban á Emaus. Y aunque el refrescar la memoria de estos favores les era de consuelo no se les sosegaba del todo el sobresalto que les palpitaba en el corazón acerca de la certidumbre de la Resurreccion de su Maestro, no porque ya dudasen de ella, sino porque el inesperado gozo de lo que tenían por cierto con una contrariedad afectuosa no les consentía sosegar de todo punto, no satisfaciéndose de lo mismo que creían y deseando con sagrada hidropesia, nuevas y mayores experiencias de la Gloria de Jesús á quien en supremo grado amaban.

Para componerles pues, las reliquias de aquella incertidumbre y asegurarlos en misterio de tanta consideracion vino Jesús al Cenáculo, y poniéndose en medio de ellos con apacible rostro les dijo: «La paz sea con vosotros; yo soy, no temais.» Sin embargo de haber oido de los lábios de Jesús salutación tan amorosa quedaron los discípulos atemorizados grandemente de ver en su recojimiento á Jesús sin haber llamado á sus puertas, antes penetrándose con ellas, privilegio que no suelen gozar los cuerpos, y así concibieron que sin duda era algun espíritu ó cuerpo fantástico el que veían, resultando en sus ánimos la aprension opuesta á lo que pretendía Jesús, que era el persuadirles que había resucitado en su antiguo y verdadero cuerpo, natural y sólido, si bien al presente vestido de Gloria.

Reprendióles aunque con suavidad Jesús, diciéndoles: «¿Qué razón hay para que habiéndoos yo manifestado mi Resurreccion, primero por el testimonio de los Angeles, luego por el de matronas religiosas y finalmente por mi persona misma, os du-

re esa, aunque fundada en mi amor, demasiada y ciega ambigüedad? ¿Y aun ahora que me teneis delante imagineis, que no soy cuerpo sino espíritu? Si no dais crédito entero á vuestros ojos, dadle á vuestras manos, llegad y ved con atención las mías; tocadlas hasta satisfaceros, vedme con la licencia misma los piés. Examinad con las experiencias que gustéis, si lo son



verdaderos ó aparentes. Palpad, yo os lo mando, este mi cuerpo y ved con desengaño que los espíritus no tienen carne ni huesos, como veis que yo los tengo y acabad de aseguráros que soy el que conversaba con vosotros en el mundo y el que los Judíos fijaron con duros clavos en la Cruz, de que os darán testimonio estas señales de las heridas que recibí en el costado, manos y piés.»

No poco se alegraron los Apóstoles con la vista de Jesús y con el examen que por imperios del mismo, aunque con suma veneración, hicieron de la verdad de su cuerpo; mas sin embar-

go reconocieron que no se les había sosegado de todo punto el corazón, sino que con el sumo gozo que sentían en sus almas, no acababan de creer lo que por extremo deseaban, y para aquietarles del todo la imaginación les dijo: «¿Teneis á mano alguna cosa que pueda yo comer?» Ofrecieronle ellos un trozo de pez asado y un panal de miel, y para mayor evidencia de la verdad de su cuerpo comió de todo á sus ojos, y de lo que no tocó repartió entre ellos como Padre de aquella venturosa familia.

Después que con estas repetidas experiencias los vió firmemente radicados en la fe de su Resurrección, les dijo: «Las cosas que estos días me han acontecido, así en mi muerte como en mi Resurrección, son las que tanto antes os dije para que veáis que fui Profeta verdadero, y que conforme los decretos de la Eterna Providencia es inescusable que se cumpla todo lo que en la Ley de Moisés, en los Profetas y Salmos, está escrito de mí.» Y entonces para que quedasen más capaces de las profecías que hablaban de su persona les comunicó luz especial para que segura y acertadamente entendiesen las Divinas Escrituras, que por los soberanos misterios que atesoran, tienen sagradas oscuridades donde raya solamente la luz del espíritu con que se escribieron, que es el de Jesús, fin principal de todas ellas y sin esta antorcha no se pueden penetrar.

Iuminados los entendimientos de los Apóstoles con la nueva claridad añadió Cristo: «Entended ahora lo que está escrito en Isaías, en los Salmos y otros lugares de las Divinas Escrituras; que convenia que el Mesías padeciese, y que el tercero día de su muerte resucitase del Sepulcro, y que en todo el mundo se predicase penitencia y remisión de pecados en su nombre y en la virtud de su sangre, comenzando á darse estos pregones en Jerusalem. Vosotros pues, me sereis testigos de todas mis obras y doctrinas en el teatro de las naciones, y para que lo podáis ejecutar con más vigor y utilidad de las almas os enviaré del Cielo mi espíritu, como os tengo prometido, y vosotros lo esperareis en la ciudad en conforme silencio y oración.»

Habiendo dicho esto Jesús á sus Apóstoles, para insinuarles que introducía nueva plática les dijo segunda vez: «La paz sea con vosotros,» y elevándoles los espíritus á region de luces superiores les habló de esta manera: «Cuando vivía en carne mortal os escogí por compañeros míos en la obra de la instrucción del mundo, constituyéndos mis Apóstoles y embajadores, como yo lo soy de mi Padre. En ejecución de este alto ministerio os envié á predicar á los Judíos mi Evangelio, señalándoos la Judea por término de vuestra misión y Apostolado. Ya tienen otro semblante las providencias de mi Padre, porque no á la Judea solamente, á todas las naciones y provincias del mundo se dilata vuestro ministerio y dignidad.

«Ni me contento con que en todas ellas me seais testigos y pregoneros de lo que me habeis visto y oído, levantaros quiero á mas soberana gerarquía, y colocaros, cuanto sufre vuestra capacidad, en la esfera en que me puso mi Padre cuando me envié,

Porque de la manera que me destinó no solamente predicador y maestro de los hombres con oficio de revelarles las verdades de los Cielos, á que no podían llegar los ojos de su naturaleza, sino tambien con plena jurisdiccion y potestad sobre sus almas para dirigirlas con señorío por las sendas de la luz á su eterna felicidad; á esta proporeion y semejanza os envió yo á las regiones del mundo con espiritual imperio y jurisdiccion sobre los hombres, para que como padres y pastores de sus almas los gobernéis con dominio como delegados, vicarios y lugartenientes míos en los partidos de vuestro cargo, enderezándolas á su inmortal salud y eterna vida.»

Con estas palabras constituyó Jesús á sus Apóstoles en la sacrosanta dignidad de Obispos, siendo hasta aquí solamente Sacerdotes, cuya potestad se limita á la consagracion del verdadero y real cuerpo de Jesús en las especies de pan y á la de su sangre en las de vino. Pero ahora, elevados á la gerarquía de Jesús, no solamente Sacerdotes, sino tambien Obispos de las almas con potestad legítima y competente jurisdiccion, subieron á ser el mismo Cristo por delegacion, padres espirituales, Principes y Pastores, por derecho propio de los hombres en orden á la posesion eterna de gloria y última felicidad.

Perfeccionó tambien Jesús con este decreto el Sacramento de la Confirmacion que habia instituido la noche de la cena, dándole ahora su ministro ordinario que es Obispo. Dilató para esta ocasion Jesús crearle, porque siendo el principal efecto de aqueste sacramento confortar los espíritus de los fieles y armarlos de sobrenaturales valentias contra los ejércitos de Satanás y espantosas persecuciones de tiranos, estando en aquella sazón tan cobardes y rendidos al espanto los Apóstoles, no parecia estar idóneos para ser Ministros del Sacramento de valientes, y así reservó Jesús su creacion para cuando viéndole vencedor y triunfante del Demonio, del mundo, de la muerte y sus tormentos, concibiesen ánimo y esperanzas de alcanzar tan heroicas victorias del Infierno.

Pero no se estancó aquí la corriente de los favores de Jesús con sus discípulos, á quienes ya miraba copias vivas de sí mismo y manantiales soberanos, de donde se habian de derivar hasta las últimas regiones de la tierra los caudales de gracia que con su Pasión y Muerte habia merecido á los hombres, cuyos mas importantes intereses se habian de librar en la remision de sus pecados. Con este ánimo acercando así á sus Apóstoles, les bañó los rostros con la respiracion y aliento de su boca diciendo: «Recibid el Espíritu Santo y con su eficacia y virtud los pecados que remitiéredes á los hombres quedarán desde luego perdonados, y los que les retuviéredes negandoles la absolucion, quedarán por perdonar. Los ecos de vuestra voz seguiré.»

En estas palabras instituyó Jesús el Sacramento de la Penitencia, con que echó el sello á los favores que hizo al linaje humano por el amor que le tuvo, y para demostracion de esta singularísima merced, en la institucion de este Sacramento comunicó con aquella esterioridad el Espíritu Santo á sus Após-

toles, como que les infundió entonces su corazon con su vital aliento que es el divino amor. Porque si bien el de la Eucaristía es más noble para contener en su Real persona de Jesús, autor y fuente de la Gracia; mas para los pecadores ningun Sacramento pudo ser mas favorable que el que les concediese fácil perdon de sus delitos, aplicándoles el valor de la sangre de Jesús, y elevándoles el imperfecto dolor de sus pecados que llaman atriccion, que por sí no es bastante á perdonarlos, á que pase en su divina aceptacion por legítima y verdadera contriccion cuya virtud los remite. Y este es el venerable y suavísimo Sacramento de la Penitencia.

CAPÍTULO X

CONFIRMA JESUS Á TOMÁS EN LA FÉ DE SU RESURRECCION



RIQUECIDOS los Apóstoles con tan singulares privilegios desapareció Jesús, quedando todos enteramente persuadidos á la verdad de su Resurreccion y saboreándose en las dulzuras de sus palabras, belleza y gloria de su cuerpo y soberanas dignidades á que los habia levantado. En esto se entrenian dando cordiales gracias á su Maestro y Redentor, cuando volvió al Cenáculo Tomás, y hallando á sus condiscípulos alegres y complaciéndose de los Divinos Gozos con que los habia vuelto de la muerte á vida, la presencia de Jesús, admirado les preguntó la causa de aquella novedad y regocijo.

Respondieronle que poco despues de haberse él ausentado del cónclave se les habia aparecido visiblemente el Señor y convencidos de todas maneras acerca de la verdad de su Resurreccion, dándoles á tocar con sus manos las principales partes de su cuerpo, piés, manos y costado, refiriéndole las honras, dignidades y favores que les habia hecho, inclinándole á que como participante en ellas se las agradeciese con pública demostracion, acompañándolos en la cordial y conforme gratitud con que las celebraban, paga noble y precisa á tanta deuda.

Pero Tomás, alterado con la relacion de los Apóstoles, teniéndolos por fáciles en creer con tan firme certidumbre lo que juzgaba imposible su incredulidad, juzgándolos en su corazon ilusos les respondió audaz y temerario: «Mucho pesa la autoridad y deposicion de tantos y tan fieles testigos oculares que me aseguran haber visto con sus ojos y tocado con sus manos el cuerpo de Jesús, mas con vuestra licencia, en negocio cuya fé será mi condenacion ó salvacion y que como Apóstol de Jesús lo he de predicar por infalible y cierto á las naciones, no tengo de fiarme de vuestros ojos ó manos, teniendo yo manos y ojos con que

examinar lo que me decís; y así mi resolución es, que si con mis propios ojos no veo en sus manos y piés las cicatrices de los clavos con que le fijaron en la Cruz, y con mis dedos entrándolos en las heridas de los clavos y la que la lanza le abrió el pecho, no la registro á mi satisfaccion, no me aseguro que Jesús resucitó en su propio cuerpo ni lo tengo de creer.»

Escandalizados quedaron los Apóstoles, viendo tan incrédulo á Tomás; y creció su mal ejemplo, porque procurando todos reducirle á la fé de la Resurreccion de su Maestro, y especialmente Pedro, cuyas palabras pasaban ya en el Colegio por definiciones; menospreciando tanta autoridad, perseveró en su obstinacion enteros ocho dias, sin rendir su parecer al de aquel sagrado cónclave, ni por lo menos, hacer pública oracion á Dios, sujetando su dictámen á su disposicion; y suplicándole comunicase á su entendimiento la verdadera luz, que debía seguir por no errar. No sé por qué influjo las caídas de los Varones Santos y ejemplares, parece pasan á pertinaces, sirviéndoles el peso de su autoridad, para hacer casi imposible el levantarse.

Ocho dias corrieron, durante la incredulidad de aquel Apóstol: y á las mismas horas, que el primero de su Resurreccion, con las circunstancias de estar las puertas del Cenáculo firmes y seguramente cerradas, por temor de los Judíos, entró por ellas Jesús, estando allí Tomás. Observó la piedad del Señor esta coyuntura; y vino á reducir al incrédulo Discípulo, que pudo escarmentar en Judas, para no endurecer tanto tiempo el corazón; pero Jesús como dueño de los tesoros de su piedad, habiendo permitido á Judas á los consejos de su error, redujo á Tomás á la fé de su Resurreccion. Púsose pues, en medio de sus Apóstoles, y díjoles: «La paz sea con vosotros;» y como el fin principal de aquella visita era curar la llaga de la infidelidad de Tomás, vuelto el semblante á él, le dijo:

«Hoy hace ocho dias, que en este mismo cónclave, refiriéndote tus condiscípulos que me habian visto resucitado, respondiste que si con tus ojos no veias, y con tus manos no registrabas las heridas de mis manos, piés y costado, no habias de creer mi Resurreccion. Pensarás segun tienes desmayada la fé de mi Divinidad, que no escuchaba lo que mal aconsejado decias. Aquí estaba yo cuando pronunciaste esa temeridad. Pudiera haberme enojado, y dejarte en ella, como olvidé á Judas en su desesperacion; pero quien en la Cruz sufrió los clavos y lanza por tu amor, no será mucha fineza que padezca de nueve aquellas heridas por tu mano. Aquí me tienes; llega, Tomás, y con tus ojos y dedos examina si verdaderamente es este el cuerpo que fué clavado en la Cruz; y de hoy más no te atrevas á ser incrédulo y negarte á la fé de lo que te asegurasen mis Apóstoles, porque en sus lábios hablo yo, antes te esmera con publicidad en ser fiel, pues te he elegido por Príncipe de mi Iglesia y de mi fé, como á los demás tus condiscípulos.»

Tomás entonces atónito con la grave repension de Jesús, bien quisiera escusarse de tocarle el cuerpo, sintiéndose ya sano de su incredulidad, pero conociendo que las palabras que le habia

dicho su Maestro, no eran solo permision sino precepto, llegó con suma reverencia y le tocó las manos, piés y costados; certificándose de nuevo con aquella esperiencia, de lo que ya tenia concebido por la fé, que verdaderamente habia resucitado Jesús; y postrándose lloroso ante sus plantas, le dijo humildemente: «Confiésote por mi Señor y por mi Dios.» Respondióle blandamente Jesús: «En fin, Tomás, porque me viste, y con tus manos registraste las mias, creiste en mí; dicha ha sido grande; pero mayor es la de aquellos, que sin haberme visto ni examinado como tú, han creído mi Divinidad y mi Resurreccion. Más obligado quedo á su fé; pues solo por el oido, no por los ojos ó las manos subieron al alto Trono de mi Divino Ser y rendidos á su conocimiento le adoraron.»

CAPÍTULO XI

COME JESÚS CON SUS APÓSTOLES EN GALILEA, Y CREA SU VICARIO A PEDRO

En Jerusalem, donde acontecieron estas apariciones de Jesús á sus Apóstoles, pasaron estos á Galilea, conforme les envió á decir el mismo Jesús con las Matronas que habian ido al Monumento. Estaba pues cerca del Mar de Tiberiada Simon Pedro; Tomás, por otro nombre Didimo; Natanael, natural de la ciudad de Canaá, en la misma Provincia de Galilea; Diego y Juan, hijos del Zebedeo, Andrés y Filipo, congregacion solemne de los más autorizados del Colegio.

Díjoles Pedro: «Peregrinos y extranjeros nos hallamos en este país, aunque tan nuestro. Bien será que busquemos de nuestro oficio; pues mientras tenemos arte y manos, no será justo pedir de limosna lo que tenemos menester; y así me determino á ir á pescar. Ni será esto contradecir la vocacion, pues el trato, que antes de ella ejercitamos sin delito, bien se podrá repetir después, especialmente elevando á fines más altos y sobrenaturales; pues en todas ocasiones podemos obrar por los impulsos del Amor de nuestro Maestro, y Dios Jesús. Ofrecieronsele á ir en su compañía los demás, y embarcaronse todos en una nave, apercebidos de redes y lo necesario, como gente que lo tenia por oficio. Pero habiendo hecho sus diligencias, en toda aquella noche no pudieron coger pez alguno.

Venida la mañana, llegaronse los Apóstoles á la ribera, donde ya estaba Jesús, disfrazado de talle y rostro: de suerte que no le conocieron sus Discípulos. Era el aspecto de persona de autoridad, y así les dijo: «Mancebos, ¿teneis alguna pesca que venderme?» Respondieronle que nó: porque toda aquella noche